

LA INCULTURACION DE LA FE EN EL MAGISTERIO CONTEMPORANEO DE LA IGLESIA

Francisco Merlos, Pbro.

Abordar el tema desde esta perspectiva es ir al encuentro de una sensibilidad histórica que ha propiciado cambios significativos en la Iglesia. Es también sumergirse en los abundantes pronunciamientos que los Pontífices han hecho sobre Fe y Cultura, los cuales, han llegado a constituir un verdadero *corpus culturale*. Sobre todo es seguir el iter de un pensamiento que en sucesivas explicitaciones, acentos y formulaciones, ha conseguido crear conciencia de que la cultura es hoy el nuevo espacio donde la Iglesia ha de proclamar el Evangelio en fuerza de su mandato universal.

Es significativo que la Iglesia, por la voz y la acción de los Pontífices contemporáneos, haya adoptado un tono nuevo en relación a ese vasto, complejo y dinámico campo de la cultura, comprendida en su sentido más rico y englobante, es decir, como identidad de una colectividad que tiene sus formas típicas de pensar, de actuar, de crecer, de vivir.

Los espacios de diálogo en perspectiva cultural son amplios, profundos y sostenidos: con la palabra incultura en Israel; con las culturas tradicionales y modernas; con los grupos humanos poseedores de derechos culturales; con las ciencias históricas y sociales consagradas a la investigación del fenómeno cultura.

Estos diálogos fecundos están en vías de generar posturas, actitudes, lenguajes y acciones inéditas en la Iglesia de nuestros días.

I. El Magisterio Pontificio de cara a la Cultura

Es útil señalar algunos jalones tanto en personas como en acontecimientos y pronunciamientos, que nos sitúen adecuadamente en el as-

La inculturación de la Fe en el Magisterio contemporáneo de la Iglesia

pecto medular de nuestro estudio: el pensamiento pontificio acerca de las relaciones, fe y cultura, y la inculturación del Evangelio.

Desde la entrada, podemos recordar lo que Juan Pablo II expresaba en enero de 1985, al dirigirse al Consejo Pontificio para la Cultura: "Ciertamente, la preocupación de evangelizar las culturas no es nueva para la Iglesia, pero presenta problemas que tienen un carácter de novedad en un mundo marcado por el pluralismo, por el enfrentamiento de ideologías y por los cambios profundos de mentalidades".

De esta manera se reafirman certeramente las actitudes fundamentales que históricamente la Sede Apostólica ha venido adoptando desde hace por lo menos un siglo, en relación al afán de hacer presente el Evangelio en el corazón de las culturas.

León XIII, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, han protagonizado relevantemente estas actitudes de la Iglesia hacia el mundo cultural. Cada uno de acuerdo a los requerimientos de su época subrayó aspectos esenciales en documentos que son referencias necesarias para una comprensión sistemática del pensamiento pontificio.

Podría pensarse que la preocupación por la cultura es muy reciente en la Iglesia. En realidad, en el marco de su tradición viva, ella ha forjado caminos de inserción cultural y ha elaborado síntesis novedosas inspiradas en el Evangelio. Es sobre todo en el último siglo, cuando la Sede Apostólica, en especial los tres últimos pontífices, han sido artífices en la configuración de una teología pastoral de la cultura de la cual poseemos los grandes principios rectores. Ellas los han desarrollado y profundizado. Han creado o adoptado un nuevo lenguaje eclesial. Han forjado prácticas e instituciones para entrar en diálogo franco con toda instancia de carácter en nombre de la universalidad del Evangelio.

Por eso resulta particularmente ilustrado el seguir a grandes rasgos el itinerario de reflexión recorrido por los pontífices arriba mencionados.

II. El Iter de un Pensamiento

Nadie pone en duda que el Vaticano II se ha levantado como parteaguas de la historia de la Iglesia en el último siglo en relación a la cultura.

Entre León XIII y Juan Pablo II, este Concilio se ha constituido en auténtico centro de gravedad para la Iglesia. Por un lado recogiendo los

frutos madurados por largo tiempo en las mentes de muchos espíritus inquietos. Por otro estableciendo los principios esenciales que se han venido explicitando en el correr de los últimos 25 años.

Convergencia, recapitulación, articulación y prospectiva. Ese es el papel que está desempeñando el Vaticano II en nuestra época.

Contemplando al Concilio desde la óptica que nos ocupa —la cultura— se viene afirmando con razón que ha sido un verdadero “acontecimiento cultural”. Como fenómeno humano y religioso desencadenó en la Iglesia un estilo diferente de presencia, de encuentro y de acción solidaria con las realidades culturales. Pero también puso de relieve las relaciones intrínsecas entre cultura y Evangelio y señaló la inculturación de la fe como un elemento consubstancial de la misión. Los principios teológico-pastorales en relación a las culturas de los pueblos son identificables en el conjunto de los documentos conciliares, entre los cuales indudablemente destacan la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* y el Decreto “*Ad Gentes*”.

A modo de un marco de referencia para el pasado y para el porvenir, señalamos en síntesis lo siguiente:

- Por primera vez un Concilio reflexiona sistemáticamente y a nivel universal acerca del mundo de nuestro tiempo, esto es, sobre la cultura.
- Los hechos culturales se encuadran en el centro de la creciente atención pastoral de la Iglesia.
- Históricamente la Iglesia ha contribuido al nacimiento, progreso y perfeccionamiento de las culturas.
- Se inserta respetuosa y fraternalmente en ellas y por ellas se expresa.
- No se identifica con ninguna cultura en particular, pues tiene conciencia de su universalidad y trascendencia. Vive entre la comunión y la diversidad.
- Su forma propia de actuar consiste en renovar al hombre y a su entorno cultural desde su interior.
- No puede ignorar los profundos y continuos cambios culturales de la sociedad actual que conllevan efectos psicológicos, morales y religiosos.
- El verdadero progreso cultural está abierto a la trascendencia como una de las dimensiones esenciales del hombre. Por eso el Evangelio es

generador y fermento de cultura. Se inscribe en esta dimensión de la dignidad humana. La Iglesia descubre la dimensión cultural del hecho religioso, al mismo tiempo que la dimensión religiosa de la cultura.

— Se deben ahondar continuamente los vínculos entre cristianismo y cultura, lo cual pide a los cristianos una percepción nueva del hecho cultural y una exigencia para actuar desde los principios teológicos y el aporte de las ciencias histórico-sociales.

— La Iglesia tiene un respeto leal a todas las culturas y espera que los laicos se comprometan con ellas, que las comunidades cristianas lo hagan en el seno de la cultura patria, y que se valoren sinceramente las grandes religiones de la humanidad como fuentes generadoras de cultura universal.

Pablo VI en la clausura del Concilio afirmaba convencido ante el mundo el 7 de diciembre de 1965:

“El Concilio se ha interesado vivamente en el estudio del mundo moderno. Jamás, como en esta ocasión, la Iglesia ha sentido la necesidad de conocer, aproximarse, comprender, penetrar, servir, evangelizar la sociedad que la rodea y, por así decirlo, acompañarla en sus rápidas y constantes transformaciones”.

2.1. *De la Civilización a la Cultura*

Mirando retrospectivamente, “en tiempos de León XIII era natural hablar de civilización más bien que de cultura para designar los hechos socio-históricos. A fines del siglo XIX, la Iglesia era acusada abiertamente de rechazar la nueva civilización. Se sentían los embates del agnosticismo liberal y de las corrientes iluministas o racionalistas que presentaban francamente a la Iglesia como fuerza retrógrada, enemiga del progreso y de la civilización”¹.

León XIII hace una apasionada defensa del papel que ha jugado la Iglesia en la configuración de la civilización europea. Se esfuerza en demostrar lo injusto de los ataques contra ella, ignorando su obra civilizadora presente en hechos históricos concretos del entorno cultural de Europa.

“Hubo una época —afirma el Papa—, en que la filosofía del Evangelio gobernaba los estados, y en ese tiempo la fuerza e influencia soberanas

1. HERVE CARRIER, o.c., págs. 35s.

del espíritu cristiano habían penetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos y las organizaciones del estado”².

A su vez Benedicto XV, por los días de la primera Gran Guerra, hablaría de los fundamentos de la filosofía cristiana como base de la “civilización del amor”. El amor fraterno emanado del Evangelio y coherente con la naturaleza íntima del hombre es la espina dorsal del cristianismo, y la fuerza civilizadora de la humanidad, que sin embargo, está revestida de múltiples y legítimas diferencias que deben asumirse y respetarse con lealtad³.

Pío XI por su parte hablará de la civilización y del verdadero progreso de los pueblos, enmarcándolos en el protagonismo y en el papel que la Iglesia ha jugado en el dominio de la educación y en el campo de las cuestiones sociales, en especial frente al inminente surgimiento de regímenes totalitarios, especialmente en “QUADRAGESIMO ANNO” (1931) y en “DIVINI REDEMPTORIS” (1937).

En Pío XII la civilización cristiana va a tener una importancia vertebral, en un momento en que el mundo acaba de salir de la dolorosa experiencia de la Segunda Guerra Mundial⁴:

— Hay que despertar al llamado de la conciencia cristiana de la cual depende el futuro de la civilización; ella ha sido y sigue siendo centro unificador de los pueblos. La civilización cristiana es un legado que no se puede ignorar y al que no se puede renunciar. Hay que salvar su patrimonio, superando las diferencias e inventando un nuevo orden jurídico.

— La civilización cristiana no es un idealismo irreal, se funda sobre la enseñanza social de la Iglesia que toca todos los aspectos que concierne a las cuestiones económicas y sociales.

— No debe entenderse como un gigantesco imperio espiritual ávido de sometimiento, como una especie de teocracia universal.

— Quiere ser el ejercicio de una influencia moral que toca al hombre desde el interior de su corazón, “lo eleva a la perfección de su ser y de su vitalidad para ofrecer a la sociedad hombres formados de este modo”.

2. LEON XIII, Encíclica “Immortale Dei” (1885).

3. BENEDICTO XV, “Ad Beatissimi Apostolorum” (1914).

4. PIO XII, “Sumi Pontificatus” (1939), “Evangelii Praecones” (1951), Radiomenajes de Noviembre de 1944 y Diciembre de 1944.

— Pío XII señala cuatro elementos fundamentales integrantes de la civilización cristiana: inviolable integridad del hombre creado a imagen de Dios, igualdad común en lo concerniente a la dignidad humana, la conciencia de su dignidad y de su sana libertad, el apego a su tierra y a sus tradiciones patrias.

Ha sido indiscutiblemente Juan XXIII con sus gestos proféticos, su sensibilidad histórica y su pensamiento social quien amplificó el diálogo necesario con las culturas pluralistas del mundo contemporáneo.

Con "Mater et Magistra" (1961) y "Pacem in Terris" (1963), los dos documentos mayores de su magisterio, establece perspectivas, actitudes y sobre todo, principios de acción que serían asumidos y profundizados por Vaticano II, convocado también por su genio creador y visionario.

Para este Pontífice el tema de la cultura está intrínsecamente ligado a los problemas de la justicia y de la paz.

Los católicos son convocados a colaborar lealmente con todos los que se comprometen en estas nobles tareas humanas, aun cuando no compartan la fe de la Iglesia. Que sean expertos en el arte del encuentro con las culturas antiguas y modernas, que busquen el bien supremo de la comunidad humana, que estén atentos al pluralismo de las culturas y que sean los primeros en promover la civilización de la solidaridad universal.

La figura providencial de este Pontífice y su lucidez histórica constituyen realmente un punto central en el itinerario que la Iglesia ha transitado en la última parte de este siglo. Los pontífices posteriores recogerán el patrimonio heredado por Juan XXIII y plasmado en el Concilio. Serán los impulsores inteligentes del diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo.

2.2. De la Cultura a la Inculturación

Han sido Pablo VI y Juan Pablo II quienes han ahondado en los temas de la civilización y la cultura en diálogo con el cristianismo. Asumiendo la comprensión moderna de la cultura avalada por las ciencias humanas y por la reflexión teológica legitimada por el Concilio, han trazado el camino cultural de la Iglesia explicitando dimensiones que está llamada a proclamar como parte esencial de su mensaje. Hay un bagaje abundante de principios teológicos pastorales sobre la cultura nacidos de su Magisterio. Una savia nueva atraviesa la enseñanza de ambos pontífices. Unos desafíos inaplazables entroncados en las realidades culturales se le plantean al Pueblo de Dios.

Preteniéndolo aglutinar de alguna manera el Magisterio de estos pontífices, podríamos destacar sus puntos sobresalientes en las siguientes proposiciones:

2.2.1. Existe la experiencia comprobada de que la “ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo como lo fue también en otras épocas”. Ello implica para la Iglesia redescubrir una conciencia cultural, un análisis profundo y una movilización general, a fin de restablecer una corriente recíproca que nunca debió interrumpirse, pues ahí se juega el futuro del hombre y de la civilización humana, tal y como lo comprende la Iglesia.

2.2.2. Es necesario reconocer —una vez más y según la mejor tradición de la Iglesia—, que las culturas están revestidas de una autonomía propia y de unas cosmovisiones respetables, que reflejan al mismo tiempo valores humanos esenciales, búsquedas originales de Dios, secretas esperanzas de trascendencia y pautas de comportamiento afines al Evangelio.

2.2.3. Hay unas relaciones vitales entre Evangelio y culturas. Por un lado el Reino de Dios tienen que vivirlo hombres profundamente enraizados en una cultura, si de verdad la Iglesia quiere alcanzar “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad”. Por el otro, el Evangelio no se identifica con ninguna cultura particular. No se agota con las formas culturales que asume como vehículo de expresión. Su carácter es universal y trascendente.

2.2.4. Las culturas son el destinatario histórico de la evangelización. Esto significa que en ellas se realiza la concreción temporal del Reino de Dios. Desde su trascendencia él adquiere el rostro humano de las culturas que lo acogen. “Si hubiera que decirlo en una palabra, la Iglesia evangeliza cuando... trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y su ambiente concretos”.

2.2.5. Proclamando en las culturas, el Evangelio debe subrayar unas dimensiones que le dan un perfil acorde al mismo tiempo con los imperativos de la fe y con las exigencias —signos de los tiempos— del hombre contemporáneo. He aquí las más importantes:

a) Evangelizar hoy requiere del aporte de las ciencias históricas, psicológicas y sociales, que nos proporcionan la imagen y la autocomprensión que el hombre tiene de sí mismo. Dios tiene un proyecto del hombre, pero éste también tiene un proyecto de sí mismo.

b) La evangelización de la cultura se inscribe en el amplio marco de la defensa del hombre y de su dignidad fundamental, ya que experimenta en este ámbito una especie de miseria cultural y el porvenir de su cultura está seriamente amenazado por toda suerte de humanismos que traicionan su ser más profundo.

c) Los campos de la justicia y de la paz no pueden estar ausentes si se quiere edificar desde el Evangelio la "civilización del amor".

d) El campo de esta educación y de la familia —primeras generadoras de la cultura humana— son destinatarios privilegiados de toda evangelización que quiera ir a las raíces culturales de un pueblo. El ethos cultural que es fundamento de convivencia civilizada se origina y se nutre de esas matrices culturales.

e) El mundo de las ciencias, de la tecnología y de las artes ha de poder dialogar con el Evangelio y encontrar en él inspiración y fuerza profética, a fin de preservar al hombre y a su entorno de filosofías, ideologías o proyectos de sociedad que lo incapacitan para ser más persona.

f) Los medios masivos de comunicación humana, obra de la cultura contemporánea y transmisores de la misma hasta el punto de universalizarla, necesitan una pauta evangélica a fin de no caer en la deshumanización como principio rector de su función social.

g) La religiosidad popular elemento vital de la cultura latinoamericana, está contemplada en un contexto cultural cuyo substrato radical es católico. La adveniente cultura universal pretende marginarla como un residuo de épocas pasadas. La evangelización va al rescate lúcido de los valores contenidos en ella.

h) Finalmente, una auténtica evangelización de la cultura respeta, promueve, defiende y se solidariza con los derechos culturales de todo ser humano. Derechos emanados de su dimensión espiritual y destinados a una ejercicio justo en coherencia con la dignidad del hombre y sus legítimos imperativos de convivencia social. La participación cultural y la democratización de la cultura son derechos inviolables.

2.2.6. La inculturación es asumida como un nuevo concepto de evangelización que desemboca en una praxis no absolutamente nueva, pero sí cargada de matices y consecuencias pastorales inéditas.

La relación entre Evangelio y cultura y el diálogo necesario entre ambos, se transforma en procesos que miran a síntesis nuevas, progresivas, siempre revisables y perfectibles.

La inculturación es un término ya usado desde los años treinta. Poco a poco fue introduciéndose en el uso común al interior de la Iglesia. Vaticano II no la utiliza. Tampoco Pablo VI. Pero la idea está presente substancialmente en ellos.

Ha sido Juan Pablo II el primero en asumirlo y utilizarlo frecuentemente, entendiéndolo como “encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y al mismo tiempo, ingreso de las culturas en la vida de la Iglesia”.

Al referirse al ministerio de la catequesis como tarea de encarnación del Evangelio en las culturas afirmará con claridad “que está llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de las culturas. . . Procurará conocerlas en sus componentes esenciales. . . Aprenderá sus expresiones más significativas, respetará sus valores y riquezas propias. Sólo así se podrá proponer a tales culturas el conocimiento del misterio oculto y ayudarles a hacer surgir de su propia tradición vivas expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristiano”.

Sin embargo, no tendrán que olvidarse dos elementos normativos:

— El Evangelio no puede aislarse de la cultura (semita) en la que se insertó desde el principio, ni de las culturas en las que se ha expresado a lo largo de los siglos.

— La fuerza del Evangelio es en todo lugar transformadora y regeneradora.

De ellos depende la auténtica simbiosis entre cultura y cristianismo.

2.2.7. La inculturación del Evangelio debe hacerse según unos criterios básicos que norman el quehacer de todo evangelizador de la cultura:

a) *Distinguir clarmanete entre Evangelio y cultura*

Aquél se origina en hechos revelados. Esta en las búsquedas del espíritu humano. Originalmente son diversas. La Fe no será nunca resultante de factores culturales, ambientales o sociales. No se identifica con ninguna cultura particular, ni siquiera con la occidental. Sin embargo, no viven en una simple coexistencia o disociación. Se reclama recíprocamente desde la naturaleza inherente a cada uno.

b) *Salvaguardar la identidad de la Iglesia*

Ella ha forjado una identidad substancial a lo largo de los siglos como obra del Espíritu que la inspira en sus variadas experiencias culturales.

Hay en su interior elementos vitales consubstanciales a su ser, una tradición viva, un estilo propio de existir, una espiritualidad, una experiencia original del Señor Jesús, unos centros de comunión, una esencia de Fe, de culto y de testimonio.

c) *Vivir la unidad fundamental en el pluralismo sociocultural de expresiones*

La salvaguarda de la identidad de la Iglesia no se opone en manera alguna a un sano pluralismo que se expresa en las iglesias particulares dotadas de cultura propia. Unidad y diversidad, comunión y pluralidad, variedad de expresiones y koinonía en la substancia, es una ley de inculturación que implica doble fidelidad: al alma de la cultura y al misterio del Pueblo de Dios.

d) *Ejercitar el discernimiento y la investigación*

Como actitud pedagógica que exige sensibilidad y capacidad de percepción y de acogida de las culturas, a fin de valorar desde la teología y desde las ciencias humanas rigurosamente ejercitadas, los caminos del encuentro vital, los puntos de convergencia, los nuevos planteamientos, los cuestionamientos necesarios y la fecundación recíproca.

2.2.8. La inculturación del Evangelio según el Magisterio Pontificio no sería completa si no se reconociera la intensa proaxis de la Sede Apostólica que ha querido ser coherente con esta perspectiva cultural de la evangelización. Las enseñanzas papales sobre el tema han sido secundadas por múltiples acciones tendientes a restablecer este diálogo. Su enumeración completa sería muy amplia.

Particularmente Juan Pablo II, a quien suele llamársele "el Papa del Hombre y de la Cultura", ha tomado la iniciativa de crear el Consejo Pontificio para la Cultura, el 20 de mayo de 1982. Sus objetivos pueden resumirse así:

— Expresar el profundo interés de la Sede Apostólica por el progreso de su cultura y el diálogo entre culturas y Evangelio.

— Participar en las actividades culturales de los dicasterios romanos y de las instituciones culturales de la Sede Apostólica para facilitar su coordinación.

— Establecer un diálogo con las conferencias episcopales para impulsar intercambios, iniciativas y acciones culturales de las iglesias particulares que aprovechen a la Iglesia entera.

— Colaborar con las organizaciones católicas internacionales y promover su cooperación.

— Acompañar la actividad cultural de organismos internacionales que se interesan por la promoción del hombre.

— Asegurar una presencia eficaz de la Sede Apostólica en congresos internacionales de carácter cultural.

— Interesarse en la política y acción cultural de los gobiernos.

— Facilitar el diálogo cultural entre la Iglesia y los investigadores de la cultura.

— Acoger en Roma a personalidades del mundo de la cultura interesadas en la acción cultural de la Iglesia, aprovechando su experiencia.

III. Algunas Incidencias Pastorales

3.1. Se espera un nuevo estilo de presencia en el ámbito de la cultura. La Iglesia comprende e invita a comprender que su sacramentalidad salvífica se opera por la vía del encuentro cordial y respetuoso con toda cultura. Constituida en signo tangible del Reino, sabe que su fuerza de persuasión reside en la renuncia a toda suerte de absolutismos.

3.2. Vivir en estado de cuestionamiento permanente. Se requiere mirar la realidad desentrañando en ella los valores fundamentales emparentados con la Fe. Abandonar viejas utopías sacralizantes o ideales teocráticos, para dar paso al auténtico señorío de Dios revelado en Jesús. Hacer las rupturas necesarias para reflejar con mayor transparencia el Reino de Dios, en la cultura, en la historia y en el corazón del hombre.

3.3. Profundidad evangélica. El Evangelio es la realidad más entrañable del Pueblo de Dios. Es su columna vertebral y el *pleroma* de los valores del hombre y de su cultura. Es principio rector, fuente y pedagogía de Dios que eleva a las culturas desde el dinamismo que les es propio. Por el Verbo inculturado en Israel la Iglesia sabrá descubrir sus múltiples simientes escondidas en toda cultura.

3.4. La evangelización de la cultura como un proyecto de liberación integral. Se sabe que ésta no es viable sin una correcta visión del hombre, del mundo y de la historia, vale decir, sin una adecuada comprensión de la cultura como espacio recapitulador de las corrientes más hondas que nutren el alma de los pueblos. Por eso evangelizar la cultura con

signo liberador consistirá en reafirmar los valores hasta planificarlos. Cuestionar lo que obstruye la innata vocación a ser persona. Ofrecer un sentido a la precariedad de la existencia. Reorientar las expectativas e interrogantes mayores de la vida. Crear espacios suficientes de libertad interior, individual y colectiva. En una palabra, confesar con la palabra y con la vida que el hombre es el valor superior de la creación.

3.5. Vivir la Fe que evangeliza la cultura en una auténtica experiencia de comunión. La Iglesia está persuadida de que la comunión no puede ser el resultado fácil de una ausencia crítica, ni de una incapacidad para el discernimiento, ni de un temor al conflicto. La comunión no se hace con hombres serviles ni simplemente irenistas. Es el largo camino de los hombres obedientes al Espíritu, lúcidos en la Fe y empeñados con esperanza creativa. La comunión es el fruto de la acogida cordial del Misterio de Dios hecho fraternidad humana. *Gaudium et Spes* nos ofrecía tres claves para adentrarnos evangélicamente en el vasto mundo de la cultura, solidaridad, diálogo y servicio a los hombres. ¿Podrían resumirse estas actitudes en la sola palabra comunión?

3.6. El cultivo de las ciencias humanas es herramienta necesaria en el proceso evangelizador de la cultura en nuestro tiempo.

Apenas sería posible realizar una evangelización inculturada sin el aporte que nos ofrecen las búsquedas y conclusiones de la investigación científica actual. A través de ellas el universo cultural adquiere mayor amplitud para todo evangelizador que desea penetrar el alma de una cultura al mismo tiempo que proclamar el Misterio de Dios.

Las ciencias humanas hacen posible por otros métodos, que la evangelización alcance los centros vitales de la cultura para transformarlos desde su interior con el poder del Evangelio. Por eso su presencia es hoy indispensable.